

REUNION DE INAUGURACION DE LA REUNION

No soy muy inquieto.

La prueba es que esperé llegar a los ochenta años para venir a Venezuela.

Vine porque me dijeron que era el lugar propicio para convocar a mis alumnos de América Latina.

¿Son ustedes mis alumnos? No lo prejuzgo. Porque a mis alumnos suelo educarlos yo mismo.

Los resultados no siempre son maravillosos.

Se habrán enterado del problema que tuve con mi escuela de París. Lo resolví como se debe: empezando por la raíz. Quiero decir: arrancando de raíz a mi pseudoescuela.

Todo lo obtenido desde entonces me confirma que hice bien. Pero esa ya es historia antigua.

En París acostumbro hablar ante un auditorio donde muchas caras me son conocidas por haber venido a verme en mi casa , 5 Rue de Lille, donde está mi práctica.

Ustedes, al parecer, son lectores míos. Sobre todo que nunca los he visto escucharme.

Entonces, desde luego, tengo curiosidad por lo que puede llegarme de ustedes. Por eso les digo: gracias, gracias por haber respondido a mi invitación.

Es un mérito de ustedes, porque más de uno se ha atravesado en mi camino hacia Caracas. Las apariencias, en efecto, indican que esta reunión molesta a mucha gente y, en particular, a quienes hacen

profesión de representarme sin consultarme. Entonces, cuando me presento, por supuesto, no dan pie con bola.

En cambio, tengo que dar las gracias a quienes tuvieron la idea de la reunión y, en especial, a Diana Rabinovich. Le asocio con mucho agrado a Carmen Otero y su marido Miguel, en quienes he confiado para todo lo que entraña un congreso como éste. Gracias a ellos, me siento aquí en mi casa.

Vengo aquí antes de lanzar mi Causa Freudiana. Como ven no me desprendo de este adjetivo. Sean ustedes lacanianos, si quieren. Yo soy freudiano.

Por eso creo adecuado decirles algunas palabras del debate que mantengo con Freud, y que no es de ayer.

Aquí está: mis tres no son los suyos. Mis tres son lo simbólico, lo real y lo imaginario. Me vi llevado a situarlos con una topología, la del nudo, llamado borromeo.

El nudo borromeo pone en evidencia la función de al-menos-tres. Anuda a los otros dos desanudados.

Eso le di yo a los míos. Se los di para que supieran orientarse en la práctica. ¿Pero, se orientan mejor que con la tópica legada por Freud a los suyos?

Hay que decirlo: lo que Freud dibujó con su tópica, llamada segunda, adolece de cierta torpeza. Me imagino que era para darse a entender dentro de los límites de su época.

¿Pero, no podríamos más bien aprovechar lo que allí figura la aproximación a mi nudo?

Considérese el saco fofo que se produce como vínculo del Ello en su artículo que debe decirse: "Das Ich und das Es".

El saco, al parecer, es el continente de las pulsiones. Que idea tan disparatada la de bosquejar eso así! Sólo se explica por considerar a

las pulsiones como bolitas, que han de ser expulsadas por los orificios del cuerpo una vez ingeridas.

Sobre esto se abrocha un Ego, donde parece preparado el punteado de columnas por contar. Pero esto no lo deja a uno menos enredado, pues el mismo se cubre con un extraño ojo perceptivo, donde para muchos se lee también la marca germinal de un embrión sobre el vitelo.

Aún no es todo. La caja registradora de algún aparato a la Marey está aquí de complemento. Lo cual dice mucho en cuanto a la dificultad de referencia a lo real.

Por último, dos barras sombrean con su juntura la relación de este conjunto barroco con el propio saco de bolitas. Y ya está designado lo reprimido.

La cosa deja perplejo. Digamos que no es lo mejor que hizo Freud. Podemos incluso confesar que no favorece la pertinencia del pensamiento que pretende traducir.

Que contraste con la definición que Freud da de las pulsiones, como vinculadas a los orificios del cuerpo. Una figuración luminosa que impone otra figuración que esta botella. Cualquiera sea su tapón.

¿No será más bien, como me ha ocurrido decirlo, botella de Klein, sin adentro y afuera? O aún, sencillamente, por qué no el toro?

Me contento con apuntar que el silencio atribuido al Ello como tal supone la palabrería. La palabrería que la oreja está esperando, la del "deseo indestructible" que ha de traducirse en ella.

Desconcertante la figura freudiana al oscilar así del propio campo a lo simbólico que ausculta.

Con todo, llama la atención que este enmarañamiento no haya impedido a Freud volver después a las indicaciones más notables sobre la práctica del análisis, y en especial sus construcciones.

¿Debo darme aliento recordando que a mi edad Freud aún no había muerto?

Desde luego, mi nudo no lo dice todo. Si no, ni siquiera tendría la oportunidad de orientarme en lo que hay: puesto que no hay, digo: no-todo. No todo, con seguridad, en lo real que abordo en mi práctica.

Observen que en mi nudo lo real queda constantemente figurado con la recta infinita, o sea, con el círculo no cerrado que supone. Con ello se sostiene que sólo pueda ser admitido como no-todo.

Sorprendente es que el número no sea dado en la lengua misma. Con lo que vehiculiza de real.

Por qué no admitir que la paz sexual de los animales, si tomo al que dice ser su rey, el león, radica en que el número no se introduce en el lenguaje, cualquiera que sea. Sin duda, el amaestramiento puede dar su apariencia. Pero nada más.

La paz sexual quiere decir que se sabe qué hacer con el cuerpo del Otro. Pero, ¿quién sabe qué hacer con un cuerpo de hablar? Salvo apretarlo más o menos.

Al Otro, qué se le ocurre decir, y siempre que tengas ganas? Dice: "Apriétame duro".

Bien zoquete para la copulación.

Cualquiera sabe hacerlo mejor. Digo cualquiera: una rana, por ejemplo.

Hay una pintura que me baila en la cabeza desde hace tiempo. Logré recordar, no sin dificultades propias de mi edad, el apellido de su autor. Es de Bramantino.

Pues bien, esta pintura está bien hecha para dar fe de la nostalgia de que una mujer no sea una rana, que está puesta patas para arriba en el primer plano del cuadro.

Lo que más me llamó la atención en el cuadro es que la Virgen, la Virgen con el niño, tiene algo así como la sombra de una barba. Con la cual se parece a su hijo, como lo pintan adulto.

La relación figurada de la Madona es más compleja de lo que se puede pensar. Por cierto que se soporta mal.

Eso me tiene preocupado. Pero queda que con ello me situó, creo, mejor que Freud, en lo realmente interesado en lo que toca al inconsciente.

Porque el goce del cuerpo hace punto contra el inconsciente.

De allí mis matemas que proceden de que lo simbólico sea el lugar del Otro, pero que no haya Otro del Otro.

Se sigue de ello que lo mejor que puede hacer la lengua es demostrarse al servicio del instinto de muerte.

Es una idea de Freud. Es una idea genial. Quiero decir, también, que es una idea grotesca.

Lo mejor es que es una idea que se confirma porque la lengua sólo es eficaz al pasar a lo escrito.

Esto me inspiró mis matemas —en la medida en que se puede hablar de inspiración para un trabajo que me costó vigiliadas donde, que yo sepa, ninguna musa me visitó— pero será que me divierte sin musa (1).

La idea de Freud es que el instinto de muerte se explica por el desplazamiento a lo más bajo de tensión tolerada por el cuerpo. Freud lo designa con un más allá del placer: esto es, de placer del cuerpo.

Hay que reconocer, en todo caso, que es en Freud el indicio de una idea más delirante que todas las que yo les he podido participar.

Porque, desde luego, no les digo todo. Ese es mi mérito.

Ya está.

Declaro abierto este Encuentro, que versa sobre lo que enseñé.

Quienes hacen que haya yo enseñado algo, son ustedes con su presencia.